

por una cultura solidaria¹

“Sin solidaridad no hay futuro”. Así lo afirmó el Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos al promediar la década del ‘90, en un contexto de acelerada concentración de la riqueza y dramática exclusión social.

Por aquel entonces, y frente al imperio del pensamiento único, la práctica de la ayuda mutua y el esfuerzo propio –es decir, la cooperación– parecía una flor exótica en medio de los mercados exultantes. Eran tiempos de privatizaciones, Estado mínimo, ganancias máximas y pobreza extrema.

El sentido común instalado por la globalización mediática explicaba que ése era el rumbo correcto. Y con ese criterio, fundamentado por las usinas ideológicas del gran capital y repetido por eficaces comunicadores sociales, millones de seres humanos pasaron a ser objetos descartables. La deshumanización de la economía y la política llegó a un grado tal que prácticamente no encuentra precedentes en la historia.

La corriente predominante de las ideas en el mundo, y también en nuestro país, se nutría de esos enfoques emanados del Consenso de Washington. Sin embargo, hubo resistencias, tanto en el plano conceptual como en la práctica de la gestión económica. Y en esa batalla cultural se alineó el Instituto Movilizador, sosteniendo con claridad y firmeza que resulta imposible construir el futuro si no es a partir del ejercicio consciente y cotidiano de la solidaridad.

Hoy estamos aproximándonos a la primera década del siglo XXI y a menos de dos años para celebrar el Bicentenario de la República Argentina.

(1) Declaración del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos-IMFC por el 86° Día Internacional de la Cooperación. Anexo a Circular C.C. N° 1512. Buenos Aires, 26 de junio de 2008.

Dos momentos que inducen a la reflexión, especialmente para ponderar cuánto se avanzó y todo lo que falta resolver. En ese tránsito de una centuria a la otra hubo avances: América Latina presenta otro escenario, con procesos democráticos que luchan por consolidarse, con infinidad de accechanzas y logros indiscutibles, aunque todavía insuficientes. Nuestro país también se inscribe en ese camino complejo, cargado de matices y contradicciones, con pugnas de intereses que vienen desde el origen mismo como nación.

Este nuevo contexto histórico arrastra la mayoría de los grandes desafíos que podían computarse hace un poco más de diez años. Pero también hay conquistas, principalmente en el terreno de la conciencia. Aquella prédica del IMFC que asociaba uno de los valores esenciales de la cooperación con la perspectiva de un porvenir mejor para todos, ha dejado de ser una siembra en el desierto y encuentra un creciente campo de coincidencias. El pensamiento único se resquebraja y aparecen voces críticas, propuestas superadoras de un sistema perverso.

El movimiento cooperativo, expresión concreta y singular de la economía solidaria, ha dado muestras elocuentes de su capacidad para organizar y prestar servicios, con una finalidad centrada en la satisfacción de necesidades, tanto de sus asociados como de la comunidad. Con ello demuestra que no sólo es necesario, sino también posible concebir el trabajo y la gestión empresarial en función del interés general, sobre la base de valores éticos y morales.

Estos preceptos, que constituyen el basamento doctrinario de la cooperación, nutren el ideario indispensable para desplegar una intensa batalla cultural, factor clave para lograr los cambios que no admiten postergaciones, desde los más pequeños hasta los de mayor trascendencia universal.

Hacen falta conductas solidarias para que todos los habitantes de nuestro país se alimenten, reciban educación y protección de la salud, tengan un techo digno y un trabajo decente.

El mundo necesita líderes y militantes de la vida empeñados en proteger la naturaleza, administrar con racionalidad los recursos escasos, distribuir la riqueza con equidad. Hay centenares de millones de seres humanos que padecen hambre en un planeta donde, como nunca, es posible multiplicar la producción de alimentos. Según la FAO, Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, sólo en 2007 los gobiernos gastaron en armas 1,27 billones de dólares.

Este monto gigantesco, equivalente al 2,5 por ciento del producto bruto interno mundial, supone 190 veces más que la ayuda necesaria para paliar la hambruna de 854 millones de personas.

Por todo ello, al celebrar un nuevo Día Internacional de la Cooperación, afirmamos la certeza de que **“Sin solidaridad y un profundo cambio cultural, no hay futuro”**.

Consejo de Administración del IMFC